

“LA CRISTOLOGÍA QUE NOS MUEVE Y NOS CONMUEVE”

SÍNTESIS DE LA REFLEXIÓN DEL GRUPO “MUJERES Y TEOLOGÍA”. MADRID

JORNADAS ATE. CRISTOLOGÍA Y GÉNERO.

13/14 Nov. 2010. Los Negrales (Madrid)

Desde nuestra experiencia, hemos intentado responder a las preguntas: *¿Quién es Jesús, el Cristo, para mí? ¿Cómo nos/me toca? ¿Cómo me salva/sana? ¿Qué me mueve? ¿Qué me conmueve?*

A la luz de nuestra reflexión, nos damos cuenta que el acontecimiento de Jesús, el Cristo, es vivencial, experiencial, forma parte de nuestra vida, de nuestras actitudes y sentimientos y configura todo nuestro ser, nuestras relaciones, nuestras acciones en un impulso de futuro. “Nos toca” vitalmente nuestras entrañas, nuestro ser profundo, con nuestras limitaciones, dudas, incoherencias, pobrezas y resistencias pero, también, con nuestros anhelos de eternidad y despliegue de posibilidades humanizadoras, en el aquí y ahora de nuestra vida, de justicia, fidelidad, alegría, sanación-salvación, rehabilitación y reconciliación de tod@s con tod@s y con todo.

Alguna no siempre ha sabido percibirle ante determinadas experiencias como mujer. La Iglesia y el patriarcado, nos han ocultado el rostro femenino del Dios de Jesús. A lo largo de la historia, la figura de Dios ha sido tergiversada y ha servido para oprimir, condenar y marginar a los más débiles, a las mujeres, con la excusa de la ley, la doctrina, la tradición o el poder religioso. Hemos quedado excluidas de la representación del Dios cristiano.

Las instituciones de toda índole siguen considerándose las dueñas y señoras de la misma condición humana. El ejercicio del poder¹, que tendría que ser un servicio a la comunidad humana, se suele convertir en un atropello a los pobres, a los más vulnerables, los marginados de todo tipo, l@s “nadies”, de los que nadie se acuerda porque resultan molestos para los poderosos de este mundo. Y de todos es sabido, que las mujeres siempre llevamos la peor parte.

Para mí, Jesús es Alguien vivo, que está presente en mí, en los otros, como impulso de amor, justicia, igualdad, fraternidad. Me mueve a ver que quien está frente a mí es un ser humano en el que Dios quiere manifestarse como lo que ya es en su interior: paz, libertad, salud, dignidad. Eso es lo que me salva de la intolerancia, de los prejuicios. Lo que me transforma y me hace capaz de sentir "con-pasión" a y de los demás.

En la infancia y juventud era un Jesús contradictorio: por un lado: exigencia, culpa y castigo, y por otro “*Venid a mí todos los que estáis cansados y abrumados...*” (Mt 11, 28) me daba confianza. Hoy le siento como aceptación amorosamente incondicional que me lleva a procurar esa actitud conmigo misma y con los demás. Potencia lo más liberador y gozoso que

¹ J. M. Castillo, *Espiritualidad para insatisfechos*, Trotta, pp. 98

hay en mí y me pide que sea un medio para manifestarse a los demás. El horizonte al que debo caminar son las Bienaventuranzas. Jesús es realmente el rostro visible del Dios inmanente, amante, que me da fuerza para aceptar las contrariedades, oscuridades y limitaciones. Su Espíritu está presente en todos los hombres y en el universo.

Es como un espejo en el que cada vez que miro veo lo que es: ternura, sensibilidad, coherencia, alegría... todo lo que tengo que descubrir y no soy capaz de sacar.

A Jesús le percibimos como un ser humano, un hijo de mujer, compañero de camino, amigo que nunca falla. Centra y da sentido a mi vida. Es el referente. Es una presencia amorosa y dinamizante.

Al colocarse en plano de igualdad, nos ofrece ayuda y apoyo, nos empodera, nos invita a seguirle, nos indica el camino para llegar a su Abbá-Imá Dios, pues a través de él, conocemos a Dios.

Me "salva" de mis miedos y ensancha el espacio de mi existencia. Busco comprender mejor las experiencias de filiación y fraternidad que vivió Jesús, para comprender mejor de dónde nacía el dinamismo de su vida.

Es un puente hacia Dios porque se vive y se experimenta a sí mismo como Dios-Amor con una certeza y fidelidad tan profunda que transforma, sana-salva y guía a tod@s los que se dejan encontrar por él.

Es signo visible del amor de Dios, una persona como nosotros, humano y a la vez divino porque su humanidad llegó a la plenitud del amor; es el enviado del Padre-Madre Dios y su espíritu sigue acompañándonos hoy. Jesús vivió en un momento histórico concreto y supo estar a la escucha de la voluntad del Padre con total libertad y distanciado de prejuicios, de lo que no ayudaba a ser feliz, de la opresión de las leyes injustas y de las discriminaciones...

Proclama como Buena Noticia que lo importante es el ser humano sean cuales sean sus circunstancias, pues ninguna de ellas es obstáculo para alejar a ese Dios-Amor. Y, además, se declara a favor de los más vulnerables: los enfermos, los pobres, los marginados, los esclavos...

Jesús es un transgresor de toda norma, rol, institución o tradición y lo hace con una sencillez tremenda, con total naturalidad. Come con tod@s, toca y habla con gente impura y celebra con alegría la fiesta, la amistad, el contacto con los niños, la conversión de los que se dejan encontrar y sanar.

Llegó a dar su vida por Amor y resucitó también por Amor y por ello sigue vivo. Nos "conmueve" su muerte, su aparente fracaso, la forma brutal de callarle, su soledad y la queja profunda al Dios con el que se identifica, su "Abbá". Como símbolo de la muerte de todos los hombres y mujeres que defendieron la dignidad robada de tantos seres humanos.

Nos "conmueve" su resurrección. Su presencia real, vivida y experimentada primero por las mujeres, y por el resto de sus seguidores después.

Jesús nos abre horizontes de libertad y compromiso por la justicia, nos dinamiza a vivir con más consciencia, a estar alerta, a crecer en verdad y ponerla en hechos concretos, sencillos pero significativos. Nos impulsa a seguir, a pesar del cansancio, a ir más lejos en el amor. Nos da esperanza en esta nueva era y de cambio de mentalidad.

Descubrimos también a Jesús, en aquellos/as que se implican en la vida, que dejan lo cómodo por el riesgo, el amor a sí mismo (egoísmo) por darse con generosidad, los que abren caminos nuevos en los diferentes campos de la humanización: en la ciencia y en el arte, en la reflexión y en la teología... Su espíritu está vivo en todos aquellos que colaboran en crecer en humanidad, en solidaridad, en salir del individualismo y salir al encuentro.

Me identifico con el título cristológico de “*Jesús, Hijo de lo Humano*”, pues él mismo lo expresa públicamente y quiere ser reconocido como tal. Al entrar en la paradoja de la vulnerabilidad nos enseña que su condición de *Hijo de lo Humano* no acaba en él, sino que es extensible a otr@s. Es, pues, una propuesta de humanidad abierta a mujeres y hombres de toda condición. Eso significa hacer las cosas que él realizó, tener las actitudes y sentimientos que él vivió y sintió. Hacer realidad la encarnación en nuestros cuerpos, ser “la sal de la tierra” en nuestro rechazo a la injusticia, la pobreza, la marginación.

Lo percibimos también, en las Comunidades cristianas del C.V. II. Aquellas que se reúnen en nombre de Jesús y donde la fe es acogida y compartida. Aquellas que tienen conciencia, por el Espíritu, de la filiación divina. Que escuchan la PALABRA. Anticipan la SALVACIÓN cuando sus miembros son signo de esa salvación en el COMPARTIR. Anuncian la BUENA NOTICIA de Jesús resucitado. Impulsan hacia un compromiso evangélico y profético con los pobres y marginados. Experimentan la fuerza del ESPÍRITU que produce unidad en la pluralidad, hace surgir los carismas y mueve hacia actitudes de servicio y corresponsabilidad. Celebran los signos que hacen presente a Jesús resucitado y su Espíritu –sacramentos- y la oración. Reconocen su propia limitación y garantizan su apertura, fidelidad y continuidad con la fe del único PUEBLO DE DIOS: la *ekklesia*.

Todo ello supuso un descubrimiento, un proceso personal y comunitario largo. Una búsqueda y un encuentro recíproco en el acontecer cotidiano.

En definitiva, nos “conmueve” pensándole como una realidad en nuestra vida, como nuestro proyecto más hondo a pesar de los 2.000 años transcurridos.

Síntesis de la reflexión “*La cristología que nos mueve y nos conmueve*” del grupo “*Mujeres y Teología*” de Madrid, realizada por M^a Luisa Paret, para la ATE. Oct. 2010.